

La diferencia sexual: una narración teórica desde los estudios de género

Citlalin Ulloa Pizarro
Universidad Iberoamericana

Resumen

En este artículo se analiza el concepto de la diferencia sexual desde los estudios de género, a partir de las lecturas críticas y las contribuciones teóricas de las autoras más relevantes de esta disciplina, quienes revisaron las aportaciones realizadas a este tema desde la antropología, la filosofía, el psicoanálisis y la sociología. Asimismo, incluye la forma en que estas estudiosas las discutieron, comprendieron y reelaboraron a partir de 1935 a la fecha. Su objetivo es mostrar las contribuciones de estas autoras, las etapas en que se ha resignificado el concepto y narrar la historia teórica de su papel como antecesor del género y de las identidades genéricas en los estudios de género.

Palabras clave: diferencia sexual, identidad de género, estudios de género, teoría feminista.

Abstract

In this article I present a study to the concept of sexual difference, from the gender studies, starting at the critical reading and theoretical contributions of the more relevant authors of this discipline. These authors reviewed the contributions made to this topic by disciplines such as the anthropology, philosophy, psychoanalysis and sociology. Likewise, this article includes the way in which these authors discussed, understood, and re-elaborated them, since 1925 until now. Its objective is to show her contributions, the stages in which this new consideration has re signified the meaning of the concept and narrate the theoretical history of its role as a predecessor of gender and generic identity in gender studies.

Keywords: sexual difference, gender identity, gender studies, feminist theory.

Introducción

Narrar una historia de la diferencia sexual, en tanto concepto, significa entrar por la primera puerta que permite conocer las bases del pensamiento teórico feminista y los estudios de género. La presencia de este concepto en los discursos políticos y

en los académicos de disciplinas como la antropología, la filosofía, la psicología, la sociología y el arte ha sido un parteaguas que ha aportado conocimientos cruciales para comprender la construcción de las identidades de género diferenciadas, a través de un orden social determinado por valores y prácticas regulatorias en el ámbito de la sexualidad humana, así como en los comportamientos cotidianos, tanto de las mujeres como de los hombres, en sus distintos ámbitos vitales.

En el presente, dado el reconocimiento de la diversidad de géneros y de orientaciones sexuales y de la cada vez menor credibilidad en los paradigmas tradicionales de feminidad y masculinidad, cuestionados a lo largo de varias décadas y reformulados por las personas en su cotidianidad, se hace necesaria una recapitulación de este tema, ampliamente abordado por los estudios de género.

En este artículo se muestra que los conceptos de género y de diferencia sexual no "se han vuelto complejos y movедizos" (Bonder, 1998), sino que éstos lo han sido desde su aparición en el ámbito teórico de los estudios de género. El concepto de diferencia sexual ha necesitado reconceptualizarse aproximadamente cada década y desde diversas perspectivas teóricas, a razón de que se trata de un concepto que describe la forma en que se construyen las "identidades" de género. Es por ello que la complejidad y la riqueza de este concepto se asienta en un vasto tejido histórico en el que se incluyen, tanto los constituyentes del sentido de identidad, los roles sociales que las personas asumen y con los que se identifican, así como las atribuciones culturales que parten del sexo biológico al que pertenecen.

A lo largo de varias décadas se ha querido apartar o desplazar el concepto de la diferencia sexual de diversas formas, y en ocasiones se ha buscado sustituirlo por otras definiciones consideradas más pertinentes o completas para describir el vasto ámbito que cruza. Sin embargo, estas búsquedas generalmente lo regresan al lugar del que partió, con algunos cambios incluidos que muestran su largo tránsito por la historia de la humanidad. Este artículo es una invitación a mirar el trayecto teórico del concepto de la diferencia sexual, desde los estudios de género, a través de cinco partes, separadas por décadas.

Desarrollo

Primera parte

La historia de los estudios sobre la diferencia sexual inicia con Freud (1975), quien formula su concepción de la diferencia entre la configuración sexual de niñas y niños. En este trabajo se refirió a la importancia que las culturas occidentales otorgaban al falo y apreció tanto la dimensión histórica (proceso complejo que radica en la relación de niñas y niños con sus madres y padres) y simbólica (interiorización de normas culturales).

Para Freud lo único que estaba definido en el momento del nacimiento era el sexo anatómico, pero no ocurría lo mismo con la posición subjetiva. Es decir, cada persona asumía su identidad sexual de acuerdo con sus identificaciones, con la interiorización de los ideales culturales relativos a la feminidad y la masculinidad y con la orientación de su deseo sexual, lo que suponía que la diferencia sexual era una operación simbólica que estructuraba un determinado orden social en torno al deseo y a su prohibición.

De acuerdo con las observaciones que Freud llevó a cabo en torno a los comportamientos de los individuos de la cultura occidental (o culturas occidentalizadas), lo que marcaba la diferencia sexual era “el binomio falo-castración”. Es decir, la ausencia, la exclusión y lo irrepresentable del sexo femenino, en contraste con la presencia del falo masculino. En otras palabras, Freud tomó en cuenta que la norma cultural por excelencia era falocéntrica, y tanto la libido como el goce masculinos eran las fuentes de toda posible sexualidad. De ahí que las mujeres, al carecer de falo (como instrumento y símbolo), fueran diferentes a los hombres, pero también fueran la representación de la castración. Esto significaba considerar que esa diferencia era percibida por la cultura occidental no sólo a partir de lo anatómico sino también de lo psicológico, como si ese aspecto natural marcara el cultural, en un binomio conformado por un ser/tener fálico contra un no ser/no tener fálico.

Paradójicamente, la sexualidad diferente, ausente, excluida o negada por la cultura occidental hizo evidente tanto la presencia de la sexualidad masculina como la existencia de la diferencia sexual, y fue también por esas características de negación y ausencia que la sexualidad de las mujeres se convirtió en uno de los objetos de estudio más recurrentes a lo largo de varias décadas.¹

A partir de las ideas de Freud, 10 años después, un grupo de psicólogos² continuó con el abordaje del tema, pero aquella vez consideraron que existían una feminidad y una masculinidad innatas que correspondían a la mujer y al hombre, respectivamente, por tener cuerpos anatómicamente diferenciados.

En ese mismo año (1935) la antropóloga Margaret Mead elaboró la idea revolucionaria de que “los conceptos de género eran culturales y no biológicos, y que podían variar ampliamente en entornos diferentes” (Conway, Bourque y Scott, 1996: 22). Posteriormente esta idea fue apoyada y ampliada por Simone De Beauvoir en *El segundo sexo* (1949), una obra filosófica existencialista que ofrece un estudio de la identidad de las mujeres desde distintas perspectivas (histórica, filosófica y psicológica) y describe los roles que la sociedad asignaba a las mujeres. Para

¹ Algunos de los estudios que se centraron en la sexualidad femenina más conocidos fueron los realizados por Alfred Kinsey (1948 y 1953), William H. Masters y Virginia E. Johnson (1966), Mary Jane Sherfey (1966), Jacques Lacan (1968) y Françoise Dolto (1984).

² Algunos de los más importantes fueron Karen Horney, Melanie Klein y Ernest Jones, entre otros.

esta autora, el género era una construcción cultural, es decir, era adquirido, pero el sexo no podía cambiarse, lo que significaba que había una infinidad de posibilidades de significar al cuerpo sexuado, y por tanto de construir géneros diferentes a los dos usuales. Esta idea se relacionaba con el punto nodal de la filosofía existencialista: que los seres humanos salieran de lo inmediato (lo que otros le conferían) y se transformaran para existir. Es decir, para desarrollar el potencial humano de elegir con autonomía y hacerse sujetos capaces de significar sus cuerpos y sus vidas, responsabilizándose de sus elecciones libres.

A principios de la década de los años cincuenta, el sexólogo John Money (1952) propuso el concepto de "papel de género" para referirse a las conductas que la cultura atribuía a mujeres y a hombres. Esta idea fue tomada por los sociólogos Talcott Parsons y Robert Bales (1955), quienes escribieron tres ensayos en los que sostenían que los roles desempeñados por mujeres y hombres tenían un fundamento biológico que permitía desarrollar sociedades funcionales, ya que "por naturaleza" se repartían sus actividades en las esferas privadas o públicas, lo que significaba que, para ellos, los roles eran complementarios.

Sin embargo, en la década de los años sesenta las propuestas de Parsons y Bales comenzaron a ser cuestionadas por algunos sexólogos (Money y Ehrhardt, 1982) y por los movimientos de mujeres al considerar que la idea de los roles complementarios hacía invisibles las relaciones de poder y las desigualdades entre mujeres y hombres.

Esto derivó en que Betty Friedan (1963) retomara la obra de De Beauvoir en *La mística femenina* para elaborar un continuo de *El segundo sexo*. Ambas obras hicieron la descripción, análisis y crítica de los roles femeninos y de las normas socio-culturales que asignaban el desarrollo de las mujeres, sólo en los ámbitos privados.

Segunda parte

A finales de la década de los años sesenta y mediados de los setenta, los trabajos de Robert J. Stoller (1968), Kate Millet (1969) y Gayle Rubin (1975) abordaron una crítica sistemática de las nociones sobre lo femenino y lo masculino en las propuestas teóricas de mayor impacto de esa época, realizadas por Freud, Marx, Engels y Lévi-Strauss.

Stoller, Millet y Rubin explicaron la forma en que los sistemas sociales habían legitimado los significados culturales que designaban como "natural" y "verdadero" lo femenino para las mujeres y lo masculino para los hombres, expusieron la manera en que mujeres y hombres adquirían y asumían esos comportamientos en lo cotidiano, a través de "la actuación de roles" (Goffman, 1959) e "identidades genéricas o de género".

Fue entonces cuando Stoller y Rubin utilizaron por primera vez el concepto

“identidad genérica” para comparar las propuestas del determinismo biológico con las del construccionismo social; como señaló Stoller (1968: 187): “Género es un término que tiene connotaciones psicológicas y culturales más que biológicas; si los términos adecuados para el sexo son varón y hembra, los correspondientes al género son masculino y femenino, y estos últimos pueden ser bastante independientes del sexo biológico”.

Los estudios de Stoller, Millet y Rubin develaron los errores en que habían caído las tesis biológicas, positivistas y universalistas que partían de las diferencias anatómico-fisiológicas (hembra/macho) para señalar una división en la organización social, a partir de un modelo cultural binario, jerárquico y limitado, construido a partir de roles y estereotipos que fomentaba el desarrollo de actividades y comportamientos en femenino o en masculino, en lugar de capacidades humanas, sin etiquetas.

De acuerdo con estos autores, la división u oposición de las identidades de género facilitaba la institucionalización de los arreglos sociales basados en la complementariedad de los sexos —postulada por Parsons— y desembocaba en el afianzamiento del matrimonio y la reproducción de la especie humana, por un lado, y por otro en la consolidación de una organización social fincada en el poder de unos sobre otros que a su vez reproducía un sistema de valores y fomentaba relaciones asimétricas. La diferencia entre las propuestas de Stoller, Millet y Rubin fueron los enfoques disciplinarios desde donde las explicaban, ya que Stoller era un psicopatólogo, Millet una socióloga y Rubin una antropóloga.

Rubin escribió un estudio en el que demostró que la “domesticación” de las mujeres se llevaba a cabo a partir de un intercambio controlado por los hombres, a través del matrimonio, a causa de un sistema que ella denominó “sexo-género” y que definió como “el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades transformadas” (Rubin, 1975: 37).

Así, mientras que Stoller buscó demostrar que la identidad sexual no siempre correspondía con el sexo físico, sino más bien con el sexo psicológico (o la identidad de género), Millet se centraba en el análisis del patriarcado y la política sexual, pero los tres abordaron las vinculaciones entre la diferencia sexual y el poder que las sociedades patriarcales generaban en las relaciones interpersonales, tal como lo señaló Rubin (1975: 59):

La identidad de género exclusiva es la supresión de semejanzas naturales. Requiere represión: en los hombres, de cualquiera que sea la versión de rasgos femeninos; en las mujeres, de la versión local de los rasgos masculinos. La división de los sexos tiene el efecto de reprimir algunas de las características de personalidad de prácticamente todos, hombres y mujeres.

Los análisis de Stoller, Millet y Rubin causaron una cascada de estudios que vincularon la noción de género con la de diferencia sexual. Es decir, los estudios centrados en abordar el tema de la condición de las mujeres partieron de la diferencia sexual para explicar el núcleo del que surgían las problemáticas psicosocio-culturales que lo desencadenaban: el género.

Tercera parte

En las décadas de los años setenta y principios de los ochenta, gran parte de los estudios realizados por las teóricas feministas comenzaron a utilizar en sus análisis el concepto de género como una forma de rechazar el determinismo biológico implícito en los términos "diferencia sexual" y "sexo" para resaltar las cualidades sociales de los antagonismos basados en este último; como lo comentó Haraway (1991: 221):

Género es un concepto desarrollado para contestar la naturalización de la diferencia sexual en múltiples terrenos de lucha. La teoría y la práctica feminista en torno al género tratan de explicar y de cambiar los sistemas históricos de diferencia sexual, en los que los hombres y las mujeres están constituidos socialmente en relaciones de jerarquía y antagonismo.

Lo anterior trajo como consecuencia una división de criterios en torno a la diferencia sexual, ya que para unas no se trataba de una diferencia sino de una dominación sexual, y para otras debía permanecer el concepto de diferencia sexual, ya que la forma de debatir y criticar el tema era haciendo referencia a la estructura de la que había surgido y que la reproducía (Hartman, 1981). Por ello, este grupo continuó trabajando de forma crítica con la lógica binaria: sexo/género y naturaleza/cultura.

Al tomar en cuenta que la sociedad no sólo transformaba la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, sino que además imponía asimetrías, los análisis se dirigieron a estudiar los efectos de subordinación y discriminación hacia las mujeres, precisamente "por la relación jerárquica de la diferencia sexual" (Wittig, 1981).

Para ilustrar esos efectos, llevaron a cabo una serie de críticas a la ideología de mayor influencia en esa época: el marxismo (al que desde su inicio se habían adherido los movimientos de las mujeres) para señalar, no sólo las diferencias entre las clases sociales, sino también las relacionadas con el sexo, las derivadas de la vida laboral o de las relaciones de producción en un patriarcado capitalista, basado en "sistemas duales" (Young, 1981) que fomentaba la división de mujeres y hombres en "espacios privados y públicos", respectivamente (Rosaldo y Lamphere, 1974), así como de la explotación entre clases sociales.

En específico, criticaron la división genérica del trabajo dentro y fuera del hogar (Firestone, 1973; Chodorow, 1978; Hartsock, 1983), considerada reproductora de la relación jerárquica y binaria de la diferencia sexual que asignaba a las mujeres las labores relacionadas con los ámbitos privados y el cuidado a los otros.

Además de la referencia constante al marxismo, los estudios que se realizaron en torno a la diferencia sexual y al género comenzaron a basarse en las propuestas de Jacques Derrida (1967) sobre la deconstrucción y en los postulados del psicoanálisis, específicamente de Lacan, quien retomó la mayoría de las ideas de Freud sobre la diferencia sexual para desarrollarlas de otra manera.

Lacan y Derrida fueron una gran influencia para la constitución de uno de los movimientos teóricos feministas más importantes en el tema del que se ocupa este artículo, ya que a partir de sus aportaciones se creó la "teoría o filosofía de la diferencia sexual" que reunió a varias teóricas de Francia,³ Italia⁴ y Estados Unidos,⁵ quienes la entendieron como procesos inconscientes, tales como la identificación y el deseo: "la teoría de la diferencia sexual considera tanto las diferencias dentro de cada sujeto (entre los procesos conscientes e inconscientes), como las diferencias entre el sujeto y sus Otros/Otras" (Braidotti, 2004: 188).

La agrupación de teóricas de la diferencia sexual de mayor influencia y trascendencia fue la de las francesas, quienes se distinguieron por dos aspectos; el primero fue la que dio el nombre al grupo, ya que consideraron que había diferencias entre mujeres y hombres, no sólo en el aspecto anatómico-fisiológico, sino también en lo psicológico y simbólico.

Para las teóricas de la diferencia el género era una relación social independiente y autónoma de otras (edad, etnia, orientación sexual, nivel socioeconómico), pero que al mismo tiempo lo moldeaban. Consideraron que el género tenía tres dimensiones: 1) una forma de poder que se hacía evidente en las prácticas cotidianas; 2) una categoría de pensamiento que estructuraba las ideas, y 3) un elemento constituyente central del sentido del yo de cada persona que clasificaba atributos, actividades humanas y relaciones personales basadas en sentimientos y emociones.

De esta forma, tanto el género como las diferencias sexuales se experimentaban en la familia, a partir de las reglas que este núcleo recreaba y transmitía en su interior. En gran parte determinadas por las normas sociales, tales como la

³ Entre las teóricas de la diferencia francesas que sobresalieron: Julia Kristeva, Helene Cixous y Luce Irigaray.

⁴ Algunas de las teóricas de la diferencia italianas más representativas fueron Carla Lonzi y Luisa Muraro. Esta agrupación también es conocida bajo el nombre del colectivo "Mujeres de la librería de Milán" (1975), el cual creó posteriormente otro colectivo llamado "El círculo de la rosa" (1990), que continúa desarrollando ideas sobre la misma postura con la que empezaron.

⁵ El grupo de teóricas de la diferencia estadounidense se basó en el "psicoanálisis de las relaciones de objeto", que fue una teoría iniciada por Fairbairn, quien estudió "el desarrollo de la personalidad y la conducta en general, desde el punto de vista de las relaciones y experiencias del Yo con los objetos, tanto externos como internalizados (Anguera y Miró, 1995: 35).

heterosexualidad, el dominio masculino, los sistemas económicos, las estructuras legales e ideológicas, así como por las primeras experiencias infantiles y sus residuos inconscientes.

Una de las teóricas de la diferencia que trabajó constantemente el tema de la diferencia sexual fue Luce Irigaray, la idea que distinguió su trabajo fue el concepto sobre la mismidad: traducción de un efecto espejo que reflejaba al sujeto masculino en el femenino. Es decir, las diferencias entre los sexos como las entendía esta autora eran la autorrepresentación del sujeto masculino o su proyección en el femenino, lo que significaba que esa diferencia estaba imbuida en relaciones de poder.

El aporte principal de esta filósofa y psicoanalista feminista, considerada como la teórica de la diferencia sexual, fue la peculiar combinación que tomó de las dimensiones de la estructura psíquica propuestas en el "Estadio del espejo" (Lacan, 1949) y los postulados de *La diferencia* (Derrida, 1968).

Ambas obras le permitieron destacar que "*la difference*" (Derrida, 1968) o "*diferancia*" (de diferir) no sólo apuntaba a las mujeres en relación con los hombres, sino también y sobre todo a la dimensión simbólica que contenía el conjunto de reglas que gobernaban el comportamiento e integraba a cada sujeto en la cultura falocéntrica (Irigaray, 1979).

Centrada en la diferencia de una imagen impuesta por la cultura logocéntrica y patriarcal de la mujer y lo femenino, y haciendo alusión a ese lugar fuera, desconocido y no lugar que las culturas occidentales atribuían a las mujeres (identificado a partir de Freud), la propuesta de Irigaray fue señalar que las mujeres reales eran ese Otro que difería de los significados culturales, de la imagen y la representación que las culturas occidentalizadas les imponía.

En otras palabras, para Irigaray las mujeres no habitaban el Orden Imaginario ni el Orden Simbólico (asentados en valores patriarcales y falocéntricos), porque en ellos se pretendía que las mujeres se vieran y sintieran acordes a los mandatos socioculturales que las culturas occidentales les imponían como identidad, que las hacía verse diferentes de sí mismas, como un estereotipo y un reflejo. Irigaray prefería que las mujeres se situaran como el lugar fuera, el desconocido, el excéntrico, el no lugar de Freud y el lugar de la deferencia de Derrida, precisamente porque este ámbito, este Orden Real de Lacan, les ayudaba a verse como eran, sin estereotipos y con una identidad que ellas construían a partir de acciones que les permitían diferir de los órdenes imaginarios y simbólicos falocéntricos y estar en la realidad.

Para Irigaray las mujeres podían resistir al orden cultural impuesto por el sistema falocéntrico⁶ a través de la creatividad y el uso del lenguaje (*écriture fé-*

⁶ Por un lado, falocéntrico significa centrado en el falo, y por otro "El discurso falocéntrico es una forma discursiva o representativa de la opresión de las mujeres, que combina a los dos sexos en un único modelo "universal", representa la abstracción, universalización y generalización de atributos masculinos de

minine) para expresar sus deseos, placeres y experiencias, con el fin de resaltar el mundo femenino como un espacio diferente del masculino y de reconocimiento, tanto de su identidad como de su subjetividad. Esto lo pensó así porque para ella "el lenguaje no era una mera herramienta de comunicación, sino el lugar donde la subjetividad lograba construirse y el código falogocéntrico era operacional" (Bifulés y Fuster, 2010: 16), de tal forma que la función simbólica que producía el lenguaje constituía las experiencias femeninas. Significaba el ser mujer real contra el imaginario.

Con la inclusión de las ideas de Lacan y Derrida en los estudios de género se reformularon algunas cuestiones en torno a la sexualidad que habían planteado las teorías psicoanalíticas y empezaron a hacerse especificaciones en torno a ese concepto y su vinculación con la diferencia sexual (Mackinnon, 1982).

Asimismo, se desarrollaron con mayor profundidad las propuestas de Gayle Rubin (1975), Adrienne Rich (1980) y Monique Wittig (1981) sobre "la heterosexualidad obligatoria" y "la retirada del matrimonio". Estas estrategias crítico-analíticas sirvieron para hacer visibles las exclusiones y la violencia a las que estaban sujetas las mujeres en esa y en épocas anteriores, al vivir en un sistema sexo-género, patriarcal o falogocéntrico.

De manera paralela a lo anterior, los estudios se concentraron en develar la forma en que los individuos adquirirían y reproducían los roles de género en las diferentes esferas de desarrollo y las opuestas expectativas sociales que partían del sexo biológico. Así, dieron inicio los debates y análisis centrados en la condición y posición de las mujeres a nivel mundial.

Uno de los aspectos de mayor trascendencia, tanto para esta etapa de madurez de los estudios sobre la diferencia sexual como para las fases siguientes fue el surgimiento de los primeros análisis sobre las producciones simbólicas impuestas al cuerpo sexuado, a partir de las contribuciones del psicoanálisis y la filosofía a los estudios de género.

De esta forma, los avances en los análisis sobre la diferencia sexual y su relación con el género hicieron evidente el entramado semiológico de la sexuación humana y de la construcción de sus categorías correspondientes: femenino y masculino. Esto permitió ver la estrecha relación de estos temas con los efectos del sistema simbólico a través del lenguaje, las representaciones culturales y el imaginario social del significado de las categorías de sexo, mujer y hombre.

La entrada de los estudios de género al mundo simbólico permitió reconocer que tanto las diferencias sexuales como las identidades de mujeres y hombres eran construcciones culturales capaces de resignificarse, incluso hasta en la forma de interpretar los roles genéricos que la sociedad les asignaba.

manera que quedan ocultas la especificidad concreta de la feminidad y la posibilidad de una definición autónoma" (Luke, 1999: 385, *apud* Rivera, 2006: 89).

Cuarta parte

A mediados de los años ochenta un grupo de mujeres cuestionó la categoría de género y el sistema sexo/género a causa de la exclusión de amplios sectores de la población, por parte de los movimientos feministas y de sus teóricas, ya que éstas sólo habían considerado las divisiones antagónicas entre los sexos y habían olvidado integrar las diferencias de raza y orientación sexual.

Estas objeciones fueron llevadas a cabo, en primera instancia, por los grupos de afroamericanas y lesbianas, quienes se oponían, tanto en la teoría como en la práctica, al nulo reconocimiento y a la falta de integración de las diferencias entre las mujeres que no fueran blancas, occidentales y heterosexuales; Audre Lorde (1982: 226) escribió:

Que las mujeres estuviesen juntas no era bastante. Éramos diferentes. Que fuéramos muchachas *gay* no era bastante. Éramos diferentes. Que fuésemos negras y estuviésemos juntas no era bastante. Éramos diferentes [...] Tuvo que pasar un tiempo antes de que nos diéramos cuenta de que nuestro lugar estaba en la casa de la diferencia en vez de en la seguridad de cualquier diferencia particular.

Los debates que surgieron con la presencia de estos grupos transformaron a los movimientos feministas desde su núcleo, y en el ámbito académico incluyeron estudios sobre las políticas de identidad para analizar la realidad, no sólo a partir del sexo o de la clase social, sino también de la raza o la etnia y de la orientación sexual. A estos debates se agregaron críticas a los discursos orientalistas (Mohanthy, 1984; Spivak, 1985; Amos *et al.*, 1984), colonialistas (Sandoval, 1984; Moraga, 1983; Andalzúa, 1987) y latinoamericanos (Lamas, 1986; Hierro, 1989) a nivel mundial.

Algunos de los efectos que tuvieron las ideas de los grupos afroamericanos, chicanos, latinoamericanos ylésbicos no sólo transformaron el aspecto político de la identidad de las mujeres en los movimientos de su liberación e incluyeron las bases del pensamiento feminista de diferentes nacionalidades, sino que además lograron que se considerara la diferencia racial o étnica, igual de importante que la sexual, y abrieron el afluyente de los estudios de la "otredad", poscoloniales, o ahora llamados "decoloniales".

Asimismo se dejó de utilizar la palabra género para referirse sólo a las mujeres (Keller, 1985) y se dio seguimiento a los análisis sobre las producciones simbólicas impuestas al cuerpo sexuado, a partir de las contribuciones del psicoanálisis y la filosofía. Esto coadyuvó a que se modificaran varias concepciones en torno al cuerpo y al género, ya que este último se consideró tanto una estructura de identidad personal como una categoría que si bien organizaba las relaciones sociales, también les daba significado (Harding, 1990).

Quinta parte

A partir del último año de la década de los ochenta, a la fecha, se ha continuado con los análisis centrados en las construcciones simbólicas sobre la identidad, el género, la diferencia sexual y el cuerpo, sólo que en un inicio (1989), las teóricas que los abordaron se alejaron de las categorías de mujer y mujeres, consideradas como falsas universalizaciones, tanto de un sujeto como de un grupo, y se centraron en el análisis de las formas de la construcción del conocimiento sobre lo simbólico y las formas de ejercer el poder.

Asimismo, hicieron una revisión de los conceptos de género y diferencia sexual planteados hasta entonces. Por ejemplo, se consideró que la noción de género como diferencia sexual era limitada, irreal e implicaba desventajas para desarrollar los planteamientos teóricos, ya que no sólo dejaba fuera las relaciones de poder entre los géneros, sino que además impedía ver la cadena de significaciones construidas en torno al cuerpo y al deseo. Por tanto, necesitaba ser deconstruida.

La pionera del nuevo enfoque fue Donna Haraway (1991), quien propuso una figura híbrida que llamó "*Cyborg*", y que, de acuerdo con Bonder (1998: 3), respondía a "una imagen transgresora de las dicotomías tradicionales masculino/femenino, humano/máquina, natural/artificial. Una expresión de las subjetividades que conviven con la evidencia de las identidades transgresoras y fluctuantes de este fin de siglo: permanentemente parciales y contradictorias".

La singular propuesta de Haraway, a inicios de los años ochenta, inspiró a algunas autoras a plantear ideas que refutaron la mayoría de los postulados construidos hasta entonces en torno a la diferencia sexual, contribuyendo a una muerte de la forma en que se había abordado el tema hasta entonces, lo que devino en una transformación en el manejo del tema. A partir de entonces el tema de la diferencia sexual fue abordado de manera distinta.

La primera teórica en continuar con el planteamiento de Haraway fue Teresa de Laurentis, quien concibió al género como "el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales por el despliegue de una tecnología política compleja" (De Laurentis, 1989: 8). Es decir, vio al género como una tecnología del sexo⁷ (Foucault, 1977) y no como una diferencia sexual, ya que lo consideraba una representación o autorrepresentación, producto de diversas "tecnologías sociales", "aparatos tecnosociales" o "biomédicos" y discursos institucionalizados.

De ahí que enunciara las tres limitaciones que surgían al usar el género como diferencia sexual: 1) enfatizaba lo sexual y desplazaba lo cultural y psicológico; es decir, la

⁷ Para Foucault, la "tecnología del sexo" eran las prácticas normativas que producían los referentes de la conducta sexual.

noción de diferencia sexual resultaba del significado y de los efectos discursivos de la diferencia de la mujer en relación con el hombre, lo que significaba que la noción estaba vinculada con el patriarcado (que se pensaba ya se había dejado tres décadas atrás); 2) constreñía al pensamiento crítico feminista dentro del marco conceptual de una oposición sexual universal, lo que hacía difícil articular las diferencias entre las mujeres por edad, orientación sexual, adscripción religiosa, nivel socioeconómico y educativo, entre otras, y 3) perpetuaba la idea de que los sujetos estaban contruidos por el género, en vez de hacer evidente que esas edificaciones se debían a las representaciones lingüísticas y culturales que los hacían múltiples y contradictorios, y les ayudaban a vincularse con un campo social heterogéneo y real.

La segunda teórica que continuó con la crítica al binarismo sexo/género y al concepto de diferencia sexual fue Judith Butler (1990), quien también siguió con los estudios sobre los universos simbólicos del género, desde la filosofía, el psicoanálisis y el feminismo, para realizar análisis a la supuesta inamovilidad de las categorías sobre lo femenino y lo masculino. Para ello hizo una revisión de algunas propuestas de la semiótica, la deconstrucción, el psicoanálisis y la genealogía, a partir de los escritos de Freud, Lacan, Derrida y Foucault, entre otros.

Explicó los procesos de subjetivación de los sujetos heterosexuales e intergenéricos, tales como los bisexuales, transexuales y transgéneros, con el fin de incluir en sus análisis a la diversidad múltiple y fragmentada de las identidades genéricas, ya que éstas permitían comprender que "el mundo de categorización sexual que damos por hecho es construido y que, en realidad, podría construirse de otra manera" (Butler, 1990: 141).

Butler hizo una genealogía de la ontología del género y abordó el tema de la diferencia sexual para indicar la forma en que se construían y naturalizaban los dualismos sexo/género y naturaleza/cultura, a través de un imaginario que permitía regular la sexualidad, a partir de un principio unificador y prohibitivo (señalado por Foucault desde 1982), sustentado por una relación de oposición binaria, un deseo diferenciador de los sexos: mujeres y hombres, y de sus respectivas categorías: femenino y masculino, con el fin de institucionalizar y autonaturalizar normas y prácticas heterosexuales obligatorias.

Esto lo planteó así porque ella consideró que tanto el sexo como el cuerpo con género eran objetos de significación, y por tanto construcciones culturales basadas en normas y prácticas que dirigían la conducta de las identidades de género hacia un acto performativo que daba prioridad a la heterosexualidad, y por tanto a la división y complementariedad entre los sexos; Butler (1990: 168) señaló: "Si la verdad interna del género es un invento, y si un género verdadero es una fantasía instituida e inscrita en la superficie de los cuerpos, entonces parece que los géneros no pueden ser ni verdaderos ni falsos, sino que sólo se producen como los efectos de verdad de un discurso de identidad primaria y estable".

Para Butler la performatividad⁸ impactaba y se traducían en actos, gestos y deseos que incorporaban una fantasía, un conjunto de inventos fabricados que se mantenían por signos corpóreos y otros medios discursivos que negaban o reprimían prácticas y comportamientos que estaban fuera, tanto de la heterosexualidad como de la diferencia sexual, para mantener vivo el ideal normativo del campo sexual e intersubjetivo, y adecuarlo a la comprensión y expectativas de la sociedad; como dijo Butler (1990: 169):

La identidad de género puede reformularse como una historia personal/cultural de significados ya aceptados, sujetos a una serie de prácticas imitativas que se refieren lateralmente a otras imitaciones y que, conjuntamente, construyen la ilusión de un yo primario e interno con género constante o parodian el mecanismo de esa construcción.

Fue por lo anterior que para ella tanto las distinciones sexo/género y diferencia sexual no existían en la realidad, sino que eran una serie de reglas lingüísticas diferenciadoras y simbólicas que imponían una performatividad heterosexual idealizada y obligatoria, basada en jerarquías de género y estereotipos culturales. Esta performatividad incidía como un principio organizador universal de la identidad, la sociedad y la cultura que funcionaba a través de la repetición o la imitación de determinadas reglas.

Aunque tanto De Laurentis como Butler consideraron que los conceptos de género y diferencia sexual eran nociones restringidas e incapaces de reflejar la diversidad de identidades genéricas, sus relaciones complejas y cambiantes y las diferentes significaciones de sus experiencias corporales, la diferencia entre ambas autoras fue que Butler no sólo indicó y argumentó su postura e ideas ante el tema del que se ocupa este artículo, sino que además mencionó la forma en que consideró que se estaban desplazando dichas nociones.

Es decir, señaló que lo importante para hacer a un lado las ideas que giraban en torno al género y a la diferencia sexual era refutar las reglas de repetición sobre la performatividad heterosexual idealizada y obligatoria (basada en jerarquías de género y estereotipos culturales) para lograr la subversión de las identidades y el reconocimiento de la proliferación de diversas configuraciones de género.

En un inicio, la etapa de muerte y transformación estuvo delimitado por un intento de borrar el término "diferencia sexual" o de no utilizarlo más en los estudios de género. Este intento ha estado conformado por posturas y argumentos que han influido a nivel mundial y trascendido hasta el presente.

Principalmente porque las autoras aquí expuestas vincularon la filosofía, el psicoanálisis y el feminismo para analizar la influencia del lenguaje y las relaciones de poder en la conformación de la identidad, e incluyeron en sus estudios identidades genéricas abyectas que no habían sido reconocidas en épocas anteriores. Al haberlas

⁸ "La performatividad es una repetición y un ritual que logra su efecto mediante su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente" (Butler, 1990: 15).

tomado en cuenta ampliaron la visión sobre las vinculaciones realizadas en torno al género y la diferencia sexual, tanto en el ámbito teórico como en el cotidiano, a través de lo que hoy se conoce como enfoque feminista deconstructivo, como podrá verse de manera más detallada en las consideraciones finales de este artículo.

Consideraciones finales

A lo largo de este texto se ha visto la importancia que ha tenido la inclusión de las propuestas teóricas del psicoanálisis, la filosofía, la sociología y la antropología para abordar el tema de la diferencia sexual de manera más integral, al tratarse de una materia que se vincula con la conformación de la identidad de las personas. Sus aportes han enriquecido los significados que se le han dado a este concepto a lo largo de la historia; han ayudado a explicar su presencia e influencia en la conformación de los valores, las normas y las conductas, tanto individuales como colectivas; han hecho comprensible el carácter simbólico que lo ha configurado y reconfigurado, y han dado solidez a los argumentos empleados por los estudios de género para ampliar las ideas y posturas teóricas en torno a lo que es ser mujeres y hombres.

El contenido de este artículo ha hecho evidente la presencia constante de la dependencia que han mantenido los complejos significados y estructuras sociales que han conformado las diferencias sexuales en las anatómicas, lo que ha permitido ver el carácter restrictivo adoptado para percibir las y comprenderlas en los diferentes momentos históricos y ámbitos vitales que éstas han cruzado.

Es comprensible que en un inicio el discernimiento sobre dichas diferencias hoy pueda considerarse limitado porque los teóricos como Parsons, Freud, Erickson o Horney trataron de encontrar un orden a las relaciones humanas a través de normas que valoraran el carácter complementario de las mujeres y los hombres para conformar una igualdad que resultó aparente para las teóricas feministas, porque ninguna relación es complementaria si parte de la asimetría.

Esta búsqueda de igualdad (evidente a partir de las décadas de los años sesenta y setenta) fue precisamente la que inició un largo proceso de cuestionamientos sobre el carácter jerarquizado atribuido a esas diferencias biológicas cimentadas en relaciones de poder que se extienden a todos los ámbitos vitales.

Algunos de los cuestionamientos más importantes sobre el carácter jerárquico de las diferencias sexuales han hecho evidente una paradoja, ya que éstas se han basado en una imaginaria ausencia o falta de sexualidad de las mujeres. Esa negación fue la que generó la existencia de las diferencias y posibilitó la presencia de la sexualidad de los hombres a nivel simbólico. La identificación de esta paradoja ha aportado una explicación a la escasa visibilidad histórica que se les dio a las mujeres en épocas anteriores, al trato diferente, convertido en desigualdad, así como a su reducida o menor valoración (discriminación) en relación con los hombres, incluso en la actualidad. Asimismo, esta paradoja ha hecho presente la alta valora-

ción arbitraria que diversas sociedades y culturas le han otorgado al falo, lo viril y masculino como símbolo de fuerza, poder y fuente de significado.

De esta forma se ha hecho evidente que estos imaginarios, aplicados a la realidad, han sido una ilusión en la que mujeres y hombres de varias épocas han creído, como si fueran partes importantes de una división que se complementa a partir de un binomio jerárquico, cuando en realidad han sido objetos (o símbolos) de una operación simbólica que ha reglamentado tanto su sexualidad como sus diferencias sexuales.

La presencia de estas paradojas también narra la fuente principal de donde, a partir de esa búsqueda de igualdad, emanaron los movimientos de mujeres y teóricas de los feminismos, que se han ocupado en develar el carácter irreal y simbólico de la diferencia sexual a lo largo de varias décadas.

El hecho de que los cuestionamientos más trascendentes en torno a los significados de las diferencias sexuales hayan sido iniciados por grupos de mujeres es explicable porque su representación como negación o ausencia simbólica en la sexualidad las ubicaba en la diferencia y la exclusión. Esto les permitió, paradójicamente también, modificar las formas de concebir las diferencias sexuales, así como el apego a los valores y normas cimentadas en lo imaginario. Estar en la diferencia les permitió ver y actuar diferente, así como ubicar y resolver los problemas de manera distinta a la usual.

Un ejemplo de lo anterior es el alto nivel de cambio que suscitó el movimiento afroamericano y lésbico de los años ochenta, en cuanto a la concepción de la diferencia sexual, ya que fue a partir de su presencia que se iniciaron los cuestionamientos sobre la existencia o no de esa y de otras diferencias, así como las transformaciones que han liderado las teorías poscoloniales, decoloniales y *queer*, desde entonces hasta la actualidad. Su llamado fue una crítica a la abstracción y al análisis de los imaginarios con que tanto los grupos feministas como las sociedades construían sus discursos.

La idea anterior aplica de manera similar a las percepciones construidas en torno a las diferencias de la sexualidad humana, como si existiera una caja china donde la sexualidad ausente diera significado a la presente, y dentro hubiera cajas cada vez más pequeñas (representación de las sexualidades cada vez más excluidas y abyectas), conformando la base de las sexualidades más presentes para constituir así el universo de una sexualidad generalizada, fija e imaginaria que institucionaliza el deseo a partir de la negación, la represión y la no representación. Tal y como, en su momento, la sexualidad ausente y femenina significó a la presente y masculina.

Los aportes que realizaron Haraway, De Laurentis y Butler durante los años noventa marcaron un punto crítico en la historia del concepto de la diferencia sexual, ya que, como se vio en este texto, se empezó a notar el carácter cambiante de las identidades genéricas, así como la incapacidad y restricción de las nociones de género, sexo y diferencia sexual para explicar las diversas significaciones de sus experiencias corporales y sus relaciones complejas y cambiantes.

Las contribuciones teóricas contemporáneas sobre la diferencia sexual están permitiendo la reflexión del tema a partir del nuevo enfoque feminista deconstructivo, decolonial, comunitario y de la teoría *queer* que hoy guía gran cantidad de estudios sobre identidad, deseo, lenguaje, subjetividad y cuerpo en contextos diversos en los que se hace cada vez más necesario el reconocimiento de la diversidad de géneros y las variadas intersecciones sexuales y culturales que los cruzan.

Referencias bibliográficas

- Amos, Valerie, Gail Lewis, Amina Mama y Patibha Parmar (eds.) (1984), "Many Voices, One Chant: Black Feminist Perspectives", en *Feminist Review*, Pennsylvania State University.
- Andalucía, Gloria (1987), *Borderlands/La frontera*, San Francisco, Spinters/Aunt Lute.
- Anguera, Blanca y María Teresa Miró (1995), "El modelo psicoanalítico de las relaciones de objeto y su evolución", en *Anuario de psicología*, núm. 67, Facultad de Psicología, Universidad de Barcelona.
- Beauvoir, Simone de (1992 [1949]), *El segundo sexo*, México, Alianza Editorial Siglo Veinte.
- Birulés, Fina y Ángela L. Fuster (2010), "Prólogo", en Luce Irigaray, *Ética de la diferencia sexual*, Pontevedra, Ellago, pp. 13-32.
- Bonder, Gloria (1998), "Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente", en *Género y epistemología: Mujeres y disciplinas*, Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEG), Santiago de Chile, Universidad de Chile; disponible en [<http://www.fineprint.com>]; consultado el 7 de marzo de 2012.
- Braidotti, Rosi (2004), *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Barcelona, Gedisa.
- Butler, Judith (1990), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós/Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM (Género y sociedad, 5).
- Conway, Jill, Susan Bourque y Joan Scott (1996), "El concepto de género", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Miguel Ángel Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM, pp. 21-33.
- Chodorow, Nancy (1978), *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Los Ángeles, University of California Press.
- Derrida, Jacques (1967), *L'écriture et la différence*, París, Seuil.
- (1968), *La diferencia*, Madrid, Cátedra.
- Dotto, Françoise (1984), *L'image inconsciente du corps* ("La imagen inconsciente del cuerpo"), París, Éditions du Seuil.
- Firestone, Shulamith (1973), *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*, Barcelona, Kairós.

- Foucault, Michel (2002 [1977]), *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, t. 1, México, Siglo XXI.
- Freud, Sigmund (1975), *Algunas consecuencias psíquicas sobre la diferencia sexual*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu.
- Friedam, Betty (1963), *The Feminine Mystique*, Nueva York, W.W. Norton & Company Inc.
- Goffman, Erving (2006 [1959]), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Haraway, Donna J. (1991), "Género para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra", en Donna J. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer (Feminismos, 28), pp. 213-250.
- Harding, Sandra (1990), "Feminism, Science and the Anti-Enlightenment Critiques", en L. Nicholson (ed.), *Feminism/postmodernism*, Nueva York, Routledge, pp. 83-106.
- Hartman, Heidi (1981), "The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism", en Lydia Sargent (ed.), *Women and Revolution*, Boston, South End, pp. 1-41.
- Hartsock, Nancy (1983), *Money, Sex and Power*, Nueva York, Longman.
- Hierro, Graciela (1989), *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, México, Fuego Nuevo.
- Irigaray, Luce (1979), *Speculum de la otra mujer*, Madrid, Saltés.
- (1982), *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltés.
- (1984), *Ethique de la différence sexuelle*, París, Minuit.
- Keller, Evelyn (1985), *Reflections on Gender and Science*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
- Kinsey, Alfred C. et al. (1949 [1948]), *Conducta sexual del varón*, México, Editorial Interamericana.
- (1967 [1953]), *Conducta sexual de la mujer*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX.
- Lacan, Jacques (1949), "El estadio del espejo como formador de la función del yo, tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos I*, México, Siglo XXI.
- (2013 [1968-1969]), *El seminario. Libro XVIII: de un otro al otro*, Buenos Aires, Paidós.
- Laurentis, Teresa de (1989), *La tecnología del género. Ensayos de teoría, cine y ficción*, Londres, Macmillan Press.
- Lamas, Marta (1986), "La antropología feminista y la categoría de 'género'", en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30.
- Orde, Audre (1982), *Zami, a New Spelling of My Name*, Trumansburg, Nueva York, Crossing.
- Mackinnon, Catherine (1982), "Feminism, Marxism, Method and the State: An Agenda for Theory", en *Signs*, vol. 3, núm. 7, pp. 515-544.
- Masters, William H. y Virginia E. Johnson (1966), *Human Sexual Response*, Nueva York, Santam Books.

- Mead, Margaret (1972 [1935]), *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Buenos Aires, Paidós.
- Millet, Kate (1975 [1969]), *Política sexual*, México, Aguilar.
- Mohanty, Chandra Talpade (1984), "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourse", en *Boundary*, vol. 2 y 13, núms. 2 y 3, pp. 333-358.
- Money, J. y A. Ehrhardt (1982 [1972]), *Desarrollo de la sexualidad humana, diferenciación y diformismo de la identidad de género desde la concepción hasta la madurez*, Madrid, Morata.
- Moraga, Cherrie (1983), *Loving in the War Years: Lo que nunca pasó por sus labios*, Boston, South East.
- Parsons, Talcott, Robert F. Bales y James Olds (1964 [1955]), *Family, Socialization and Interaction Process*, Escocia, Free, Glencoe.
- Rich, Adrienne (1976), *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*, Nueva York, Norton.
- (1980), "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", en *Signs*, vol. 4, núm. 5, pp. 631-660.
- Rivera Gómez, Elva (2006), "Relaciones de género y universidad. Estudios de caso en el ámbito internacional", en *Graffilya. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* (6), México, BUAP, pp. 85-93.
- Rosaldo, Michelle y Louise Lamphere (eds.) (1974), *Woman, Culture and Society*, Palo Alto, Stanford University Press.
- Rubin, Gayle (1975), "El tráfico de mujeres: Notas sobre la economía política del sexo", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Miguel Ángel Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM, 1996, pp. 35-96.
- Sandoval, Chela (1984), *Yours in Struggle: Women Respond to Racism, a Report on the National Women's Studies Association*, Oakland, California, Center for Third World Organizing.
- Sherfey, Mary Jane (1966), *The Nature and Evolution of Female Sexuality*, Nueva York, Random House.
- Spivak, Gayatri (1985), "Three Women's Texts and critique of imperialism", en *Critical Inquiry*, vol. 1, núm. 12, pp. 243-261.
- Stoller, Robert J. (1968), *Sexo y género: El desarrollo de la masculinidad y la feminidad*, Nueva York, Science House.
- Wittig, Monique (1981), "One is Not Born a Woman", en *Feminist Issues*, núm. 2, pp. 47-54.
- Young, Iris (1981), "Beyond the Unhappy Marriage: A Critique of the Dual System Theory", en Lydia Sargent (ed.), *Women and Revolution*, Boston, South End, pp. 44-69.